



¡Señor mío y Dios mío!

Rafael García Herreros



¡Señor mío y Dios mío!

Rafael García Herreros

Señor mío y Dios mío

Rafael García Herreros



Señor mío y Dios mío

Colección Obras Completas No. 31
Corporación Centro Carismático Minuto de Dios
Bogotá, Colombia
2015

Con las debidas licencias

©Corporación Centro Carismático Minuto de Dios • 2015

Carrera 73 No. 80-60

PBX (571) 7433070

Bogotá, D.C., Colombia

Correo electrónico: info@libreriaminutodedios.com

ebooks@minutodedios.com.co

www.libreriaminutodedios.com

ISBN: 978-958-735-191-0

Reservados todos los derechos

Prohibida toda la reproducción parcial o total de este libro, por cualquier medio.

ePub x Hipertexto/www.hipertexto.com.co

Presentación

Me atrevo a afirmar que en Colombia nadie ha hablado de Jesucristo tan frecuentemente y con tanto amor como lo hizo el padre Rafael García Herreros.

Con este volumen, que titulamos “Señor mío y Dios mío”, como la concisa y espléndida confesión de fe del apóstol Tomás ante Jesús resucitado, completamos seis volúmenes, que recogen las reflexiones garcíaherrerianas acerca del Hijo de Dios encarnado. Los otros cinco tomos son: “Navidad, primera venida de Jesús”, “Acuérdate de Jesucristo”, “Morir y resucitar con Cristo”, “Tú sabes que te amo” y “Colombia para Cristo”.

En otros tomos de las Obras Completas del padre Rafael hay frecuentes reflexiones sobre Jesús, pero en estos seis tomos el Señor es el personaje central, todos los párrafos están empapados de la sangre redentora y del amor infinito con que nos amó el Resucitado.

Por eso confiamos en que al darlos a la imprenta y difundir su lectura, quienes los conozcan y mediten se enciendan en el amor a Jesucristo y se comprometan a hablar del Señor, como lo hizo el padre Rafael.

Ojalá en muchos se realice el obsesionarse por Jesús, el enamorarse de Él, el apasionarse por Él.

Diego Jaramillo, cjm

Bogotá, enero de 2014

**Quiero hablarles
de Jesucristo**

Quando me pregunto

Quando me pregunto qué debo hablarles a Ustedes, que me oyen religiosamente en toda Colombia, se me ocurren varios temas: los temas sociales, los temas de la cultura, los temas del matrimonio cristiano, los temas de la Iglesia, los temas de las virtudes evangélicas.

Sin embargo, aparece hoy bien fuerte el tema único y acaparador de Jesucristo, a tal punto que todos los demás se vuelven secundarios y todos dependientes de Él.

Jesucristo es la síntesis y la culminación de la realidad total, como decía san Ireneo de Lyon. Él es, de manera única, la conciliación de la universalidad que se insinúa por todas partes de una manera inaudita y siempre en vano fuera de Él.

Él es el suplemento del alma que necesitamos para ser felices. Él es la imagen de Dios invisible. Él es el primogénito del universo. En Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra. Él es antes de todas las cosas, y todo subsiste en Él (cf Col 1, 15-17).

Él es, como decían los antiguos, la plenitud del universo. En Él se prueba que nuestra tendencia al Infinito no conduce al vacío, al desierto, no es un caminar al absurdo, sino que desemboca al misterio de una persona que se llama Jesucristo. “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”, proclama Él en la cúspide del mundo (Jn 14, 6), “Nadie viene al Padre sino por mí” (Jn 14, 6).

Fuera de Cristo, todo lo demás aparece trágicamente insuficiente, melancólico y transitorio. Fuera de Él, todo pasa: pasan los papas, pasan los

presidentes, pasan los acontecimientos de la historia, pasan los años; sólo permanece Él, infinito perfecto, vivo, amoroso, para siempre.

Es importantísimo que descubramos a Jesucristo inmenso, Señor, Mesías, Salvador, Hijo de Dios. Integremos todo en Él: la vida, el amor, la esperanza, la cultura, el proyecto.

Ponga usted toda su vida a los pies de Jesucristo; usted, hombre que abandonó posiblemente la Iglesia. Usted, hombre que se siente en un vacío inmenso; usted, a quien hasta ahora el mundo espiritual le parece insubsistente. Usted, ríndase humildemente al infinito Jesucristo, retorne a una fe absoluta.

Es bello el mundo moderno; su cultura, su ciencia, su bienestar. Pero más bella es la esperanza de que Jesucristo nos va a resucitar con seguridad absoluta. Más bello que los diamantes y que los luceros y que los más espléndidos hombres, es nuestro infinito Jesucristo.

Qué le puedo decir a usted

¿Qué le puedo decir a usted, hombre que posiblemente está en la desesperante monotonía, en la gran soledad; que está en un profundo tedio, donde no llama la atención nada, donde no se escucha ninguna voz, donde nada tiene atracción, nada tiene encanto ni interés, donde nada excita a la curiosidad?

Si usted se halla en ese estado interior de nubes, de falta de gusto por todo, de desinterés, haga un esfuerzo por hallar el silencio y ponga su oído para escuchar la voz suave y perpetua del Espíritu Santo, la voz de Dios que le dirá a través de Cristo:

“Vengan a mí todos los que están cansados y trajinados y yo los haré descansar. Lleven mi yugo sobre ustedes y aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón y hallarán descanso para sus almas” (Mt 11, 28-30).

El hombre que esté fatigado, aunque está desconcertado, aunque se halle desilusionado de todo, sin embargo debe obstinarse en buscar a Cristo, en serio. Y encontrará descanso. Y experimentará lo que han experimentado muchos: cuán dulce y cuán suave es marchar a oscuras, detrás de Cristo.

¡A oscuras! Cristo, a quien amamos sin haberlo visto, como dice Pedro; en quien, creyendo, aunque ahora no lo vemos, nos alegramos con gozo inefable y glorioso (cf 1 Ped 1, 8).

Debemos recordar que a Cristo se le ama sin haberlo visto. Debemos recordar que en Cristo esperamos sin ninguna seguridad humana ni racional, sino solamente por esperanza y por fe.

Qué bella la aventura de la fe y de la esperanza. No vemos y, sin embargo, amamos. No tenemos racionalmente ninguna afirmación, ninguna seguridad;

y, por esperanza divina, creemos y estamos firmes de que nuestra esperanza no será confundida.

No se desconcierte usted, amigo, porque lo rodea el silencio, la soledad, la absoluta oscuridad interior. Ame sin ver nada. Crea sin pruebas; tenga plena seguridad, a pesar de la más absoluta noche interior porque, a pesar de todo, le está llegando una voz lejana que tiene la explicación, le está llegando un hilo de luz que viene auténticamente de Dios.

En el silencio de la capillita de la adoración{*}

Esta mañana me preguntaba yo, en el silencio de la capillita de la adoración que tenemos en El Minuto de Dios, de qué debía hablarles. Pensé que debiera hablarles tal vez de Nicaragua, para invitarlos a todos a una gran colaboración en favor de ellos; también pensé obstinadamente en Somalia, el país del hambre actualmente, el país amenazado de muerte y de toda clase de miseria; pensé también en nuestras necesidades, en el Banquete del Millón que tengo que promocionar, en la bellísima Universidad del Minuto de Dios, pues nos falta el último esfuerzo para terminarla y para hacerla un centro de primera calidad cultural, en Colombia.

Pero una voz interior me habló de que les hablara a ustedes de Dios, solamente de Dios y de Jesucristo; que los invitara a la adoración total, que los trasladara mentalmente a aquel lejanísimo momento en que el Verbo de Dios, el eterno y adorable Hijo de Dios creó el universo y superó la nada y superó la tiniebla y echó las semillas de toda vida hasta llegar a nuestra propia existencia... Y quiero que hablemos un instante de esto.

Hubo, hace millonadas de años, el momento formidable de la creación, el momento en que empezaron a evolucionar todos los seres y el hombre, y empezó nuestra lejanísima historia.

Yo quiero invitarlos a ustedes a adorar, a volverse profundos, a volverse amantísimos de Dios; a volverse, en ciertos momentos, silenciosos; a volverse fraternales con todo el cosmos.

Yo quiero llenarlos a ustedes de amor, de adoración, de agradecimiento a Dios y a su Verbo, por haberlos hecho brotar a la luz, brotar a la vida.

Todo lo demás es secundario, aunque tiene su importancia; Somalia, Nicaragua, la Universidad, el diálogo con los periodistas, la guerrilla, todo es pequeñísimo al lado de la inmensidad que significó la creación del universo por la fuerza adorable del Verbo de Dios, que se llamó Jesucristo.

¡Vamos, pues, a adorarlo! Vamos a estar en silencio, vamos a olvidarlo todo ante la inmensidad de cosas infinitamente más importantes en las cuales estamos sumergidos.

Perpetuamente insatisfechos

Nosotros, los hombres, perpetuamente insatisfechos, con todo lo que nos rodea. Nada nos puede calmar: ni el dinero ni los amores humanos ni los honores ni las novedades ni la cultura. Todo tiene, para el hombre, una inconsolable nota de melancolía y de insatisfacción.

No hay jardín donde podamos estar plenamente tranquilos. No hay playa donde podamos descansar. No hay compañía que nos satisfaga totalmente. El hombre comprueba siempre la imposibilidad de calmarse con algo de lo simplemente humano.

Sólo hay Alguien que tranquiliza al hombre. Hay Alguien espiritual y eterno, cercano e invisible, silencioso y que habla para siempre, que se llama Jesucristo. Al que usted posiblemente nunca ha conocido, de quien usted nunca ha tenido una experiencia. Él es el único, con exclusividad absoluta, que puede calmarlo a usted, calmar a cualquier hombre.

Esta es la vida del hombre: atado, encadenado al infinito, a lo eterno, e incapaz de hallar la paz fuera de un ámbito divino; y, sin embargo, siempre buscando en la tierra briznas de alegría que pueden aparentemente calmarlo.

Venga usted, amigo, al conocimiento, al amor y al rendimiento a Cristo. Experimente usted lo que es el infinito amor que le ha sido oculto hasta ahora: el amor de Cristo hacia usted.

Convéngase de que nada lleva a la paz, de que nada da la felicidad; de que usted puede recorrer el mundo en todas sus dimensiones, pasar por todos sus bosques y nunca encontrará la dicha verdadera y estable.

Solo hay uno. El único que dijo: “Vengan a Mí todos los que están cansados y abrumados, que Yo los aliviare” (Mt 11, 28). El único que dijo: “El que tenga sed, venga a Mí y beba” (Jn 7, 37).

El único que dijo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14, 6). El único que dijo: “No temas, manada pequeña, porque a su Padre le ha complacido darles el Reino” (Luc 12, 32). El único que dijo aquella palabra: “Vengan ustedes aparte, a un lugar desierto, descansen un poco” (Mc 6, 32).

Solamente el que se llama nuestro santísimo, nuestro adorable, nuestro perfecto Salvador, Jesucristo, tiene palabras de vida eterna (cf Jn 6, 68) y tiene el secreto de la alegría y de la felicidad para el hombre.

No se canse de Jesucristo

No se canse usted de que yo le hable de Jesucristo. Acuérdesse de que ésta es la vida eterna, como se lee en Juan: “Esta es la vida eterna, que te conozcan a Ti, Padre, y al que enviaste, Jesucristo” (Jn 17, 3). En esto consiste la vida cristiana, la vida profunda, la que no es simplemente superficial: en conocer a Jesucristo. Nadie puede poner otro fundamento que el que ha sido puesto, el cual es Jesucristo, leemos en la primera carta a los Corintios (3, 11).

No me pida usted que le hable de otra cosa distinta, porque me acuerdo de las palabras de san Pablo a los Corintios: ¡Ay de mí si no predico el evangelio de Jesucristo, si no hablo solamente de Él! (cf 1 Cor 9, 16).

Usted debe sentirse feliz de leer el nombre sacrosanto de Jesús, que es el que lo salva. En ningún otro hay salvación, como leemos en los Hechos Apostólicos, porque “No hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos” (Hech 4, 12).

Él es la solución de todos los problemas: del problema íntimo, del problema incomunicable, del problema de salud, del problema económico. Él es la solución del problema de la fe y, sobre todo, la solución de nuestro gran problema de pecado.

Él es el que lava nuestras manchas. “Él es el Cordero que quita el pecado del mundo”, como decía Juan el Bautista (Jn 1, 29).

Debemos intentar un momento precioso en nuestra vida, en que podamos decir: “Para mí el vivir es Cristo y el morir, ganancia”, como decía Pablo a los Filipenses (1, 21).

Tengamos todo por secundario; todo esto que nos rodea, tan brillante, tan culto, tan avanzado, tan técnico, tan insatisfactorio. Todo este mundo de calculadoras, de viajes espaciales, de política, de deportes, de libros nuevos, de periódicos, todo tengámoslo, como dice Pablo: “Ciertamente estimo todas las cosas como pérdida, ante la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo y lo tengo por basura, para ganar a Jesucristo” (Filp 3, 8).

Hay toda una actividad personal, íntima, silenciosa, de adoración, de liberación del pecado, de recuerdo frecuente de Jesucristo. Como dice Pablo a Timoteo: “Acuérdate de Jesucristo, resucitado de los muertos” (2 Tim 2, 8).

No se canse usted de lo que le escribo como una obsesión, del único que es bello, adorable, eterno y salvador. No se canse usted de que yo le hable de Jesucristo, a quien usted ya está amando, de quien usted ya se está enamorando. Más bien, llegue a no aceptar ninguna otra palabra distinta de Jesucristo.

El sí de Dios

En la segunda epístola de san Pablo a los Corintios, leemos lo siguiente: “Porque el Hijo de Dios, Jesucristo, que entre ustedes ha sido predicado por nosotros, no ha sido sí y no: en Él no hubo más que sí. Pues todas las promesas hechas por Dios han tenido su sí en Él; y por eso decimos por Él ‘amén’, para la gloria de Dios. Y es Dios el que nos conforta juntamente con ustedes en Cristo, y el que nos ungió, y el que nos marcó con su sello, y nos dio en arras el Espíritu en nuestros corazones” (2 Cor 1, 19-22).

Jesucristo no ha sido en nosotros sí y no, sino sí y amén. Él es el sí en el amor, en el perdón, en la redención. Él es el sí, en la plenitud grandiosa de esta palabra.

Nosotros contestamos siempre con ambigüedades. Nunca decimos un sí total y absoluto. Sólo Jesucristo es el sí de Dios. Jesucristo es el que nos unge en Dios; Él es el que nos unta el perdón y la plenitud de Dios en nuestra vida.

Él es el que nos da las arras del Espíritu Santo. Este deseo que tenemos de Dios, esta búsqueda interior, esta inquietud, esta seguridad de salvación, esta felicidad comunicativa son las arras del Espíritu Santo. Es la presencia del que va a venir. Algo increíble va a venir: Dios totalmente penetrando la existencia.

Jesucristo nos da las arras del Espíritu Santo. Jesucristo nos hace pregustar la belleza de Dios, la inmensidad del ser de Dios.

Señores: ¿será posible que suceda esta grandiosidad de situación interior de una entrega total a Jesucristo? ¿Será posible esta renovación íntima, este

anclaje total en Jesucristo?

¿Será posible que empecemos a vivir enteramente por Él? ¿Será posible despertar totalmente a Jesucristo?

“Despiértate tú que duermes y te iluminará Jesucristo” (Ef 5, 14). Así cantaban los cristianos de la primitiva Iglesia. San Pedro dice: “El fin de todas las cosas se acerca; sean, pues, sobrios y velen en oración” (1 Ped 4, 7) .

¿Será posible que hagamos una gran revolución silenciosa en la intimidad de las almas, en que suceda lo inmenso, lo grandioso, lo incomparable en la vida, a saber: entregarnos intensamente a Jesucristo?

Yo soy el campanero

Esta mañana yo pensaba qué debía decirles a ustedes, qué noticia importante, qué mensaje realmente serviría, qué les podía dar a ustedes; y repasé todos los temas y comprendí que el único tema realmente definitivo es nuestro Jesucristo.

En el momento en que la persona adorable de Jesucristo sea el centro de nuestro interés, de nuestro pensamiento, de nuestro amor, seremos realmente salvados.

El hombre está perpetuamente desviado; toda su cultura simplemente es distracción de lo importante; todo lo que nos dice la prensa, desde el editorial hasta la última noticia extranjera, política o deportiva, todo eso es secundario al lado de la inmensidad, del absoluto que es Jesucristo.

Y me pregunto: ¿Será posible despertar a los colombianos y a los venezolanos que me leen, que son muchos, al amor, a la entrega, a la adoración de Jesucristo? ¿Será posible llegar a los hombres que están esclavos del trabajo, a los hombres que andan por las calles como sonámbulos, a los jóvenes que están en la universidad, creyendo que eso es muy importante? ¿Será posible llegar a los que están distraídos en los atractivos del sexo o de las vanidades que cubren al hombre? ¿Será posible que todos ellos se rindan seriamente a Jesucristo y se aparten del gran ateísmo moderno, que es la dialéctica materialista?

Yo soy el campanero, desde la televisión, del Infinito, de lo Eterno, de lo Absoluto.

En este camino de rendimiento a Jesucristo, hay Alguien que interviene definitivamente en nosotros y es el Espíritu Santo. Si usted quiere sentir el amor a Jesucristo, suplique al Espíritu Santo que lo llene, que lo ilumine. Ore con un grupo de compañeros, lea la Palabra, forme un grupo de oración y entréguese al amor a Jesucristo.

Tienda sus manos a Jesucristo, suplique al Señor antes de morir. Usted tenga el honor de conocer al Lucero del universo, al Soberano de todas las constelaciones, al Centro de la historia y de otras partes donde hay hombres racionales. Suplique al Espíritu Santo que le haga el regalo de amar a Jesucristo.

Jesucristo lo llama

Leemos en san Mateo estas palabras: “En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: *Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las revelaste a los pequeños*” (Mt 11, 25).

Este planeta tierra ha oído y ha visto cosas bellas. Ha escuchado las palabras de los amantes, los poemas de Homero, las fórmulas de los sabios, las sinfonías de Beethoven y de Bach... ha visto las pinturas de Rembrandt, los proyectos de la técnica y de la ciencia. Ha visto y oído muchas cosas bellas en el mundo. Pero lo más maravilloso que ha escuchado la tierra ha sido, sin duda alguna, la alabanza a Dios de la boca de Jesús. La inmensa alabanza que cubría el universo.

“Porque así te agradó”, continúa Jesús (Mt 11, 26). “Vengan a Mí todos los que están trabajados y cargados, que yo los haré descansar” (Mt 11, 28).

Jesucristo lo llama a usted, que me lee; a usted, que está cargado y trabajado; a usted, que está enfermo o que está triste, que tiene un problema casi insoluble; a usted, que tiene en su interior la melancolía innata del hombre, la melancolía de morir y de no alcanzar lo que deseó. A usted, que ve oscuro el porvenir, Jesucristo le dice esta maravillosa palabra: “Vengan a Mí todos los que están trabajados y cargados, que yo los haré descansar”.

Debemos ir todos a Jesucristo. Él es el único, todo lo demás es basura. Ir, como una inmensa romería de insatisfechos, de intranquilos, de solitarios, de angustiados, de enfermos. Todos tenemos algo de esto. Este camino hacia Jesucristo lo haremos no por fuerza propia, sino por don del Espíritu Santo.

Nuestra religiosidad debe centrarse en Jesucristo. Nuestra vida debe girar no alrededor de la política ni del deporte ni de la indiferencia ni de la productividad ni de la industria ni de nuestros íntimos problemas. Nuestra vida debe centrarse, debe girar alrededor de Jesucristo.

Yo quiero preguntarle a usted hoy: ¿Jesucristo está apareciéndose en su vida? ¿Está surgiendo como Alguien personal? Si Jesús no aparece en su vida, su vida es vacía, superficial, insubsistente.

Y continúa Jesucristo: “Lleven mi yugo sobre ustedes y aprendan de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallarán descanso para sus almas. Porque mi yugo es fácil y ligera mi carga” (Mt 11, 29-30). Jesucristo nos pide que llevemos su yugo sobre nosotros; que aprendamos de Él, que es manso y humilde de corazón.

Este es el camino de Jesucristo. Todos los demás caminos se demuestran desviados y tortuosos. Es necesario que usted, que me está leyendo, y yo nos volquemos hacia Jesucristo. Tomemos su yugo y lo sigamos. Que nos entreguemos a Él, que rindamos a Él toda nuestra vida, haciéndonos seguidores minuciosos del Evangelio.

Oremos: ¡Jesucristo! Me entrego totalmente a Ti; me uno a tu alabanza a Dios. Quiero tomar tu Evangelio. Me siento obligado a seguir tu camino y a predicar tu Palabra.

La predicación de la Palabra tuya no es privativa de los sacerdotes. Todo el que te encuentra a Ti, todo el que descubre tu tesoro debe predicar tu Palabra, Jesucristo.

Si quiere llegar a la unión con Dios

Si usted quiere llegar a una profunda unión con Dios, como es posible que le esté aconteciendo; si en usted se está abriendo campo un anhelo irrefragable de espiritualidad, de interioridad, un anhelo de algo definitivo, le voy a mostrar el camino.

Primero, apártese del pecado. De cualquier pecado que lo afecte, de cualquier odio, de cualquier violencia, de cualquier desamor, de cualquier rencor, de cualquier infidelidad, de cualquier impureza.

Usted tiene que liberarse del mundo del pecado, si quiere llegar a la unión con Dios. La infinita felicidad de la unificación con Dios requiere absolutamente la purificación de la vida.

Segundo: entre en el camino de la adoración. En el camino de un diálogo interior con Dios, en el camino de dejarse penetrar por Dios. Busque diariamente un momento especial, donde usted se sumerja en la oración y en la intimidad con Dios.

El tercer paso es preciosísimo y apenas se puede expresar: llegar a una unificación con Cristo, un aceptar continuamente la voluntad de Cristo sobre nuestra vida.

Es la belleza, la exteriorización de un hombre que entra en relación con el absolutamente bello y verdadero que es Jesucristo.

Estos son los tres pasos que debe recorrer usted, si en verdad quiere llegar a una gran intimidad con Dios. Primero, una gran purificación. Segundo,

entrar en el camino de la oración y de escuchar a Dios. Y tercero, pasar a aceptar continuamente y cumplir la voluntad de Cristo sobre usted, que lo llevará a la unificación.

Mi Padre y Padre de Jesucristo

Si le preguntamos al hombre moderno cuál es su Dios, nos contestará con orgullo empinándose en alguna plataforma del mundo: “Mi Dios es la ciencia, es la técnica, son las cápsulas espaciales, es la conquista de la luna y del espacio. Mi Dios es el triunfo de la medicina, es el arte moderno con todas sus sutilezas. Mi Dios son las olimpiadas. Mi Dios son las modas, las playas, las finanzas, el progreso indefinido”.

Y si le preguntamos a un cristiano: “¿Cuál es tu Dios?”, el cristiano contestará: “Mi Dios es amor, mi Dios es el que me ama y me conoce. El que me ama a fondo y me perdona. Él es la infinita fuerza amorosa que rige el mundo. Él es el que me conoce, el que me sondea, el que desde lejos penetra mis pensamientos; pero sobre todo, mi Dios es el que perdona amorosamente en el cual encuentro toda indulgencia y toda comprensión. Mi Dios es mi Padre, y Padre de Jesucristo”.

Dios no es el progreso, ni son los viajes interplanetarios. Los astronautas regresan tristes de sus viajes, porque el hombre es más grande que el universo.

La respuesta verdadera es: “Mi Dios es Padre, y Padre de Cristo. Es amor, es distinto del mundo. No se confunde con la materia, es trascendente; pero, al mismo tiempo, penetra todas las cosas”.

En el mundo no hay nada más bello que el hombre. Los ojos de los hombres son más bellos que los luceros. Las palabras de los hombres son más sonoras que el mar. El hombre es lo más bello que hay en el universo.

Cuando regresan los hombres de la Luna o de Marte o de una lejana constelación, reconocen que no hay nada más bello, en el universo, que el hombre. Pero por encima del hombre está nuestro Dios, infinitamente bello. Nuestro Dios, que nos ama; nuestro Dios que es nuestro Padre y Padre de Cristo.

Padre implica perdón, benevolencia, ternura. El Padre no condena, el Padre siempre perdona, el Padre orienta, conduce dulce y firmemente. ¡Qué maravilla es saber que Dios existe, que Dios es nuestro Padre!

Rechacemos todas las mitologías, todos los panteísmos, todos los mitos modernos, y digamos: “Dios mío, yo sé que Tú existes. Tú eres mi Dios, yo te amo, estoy maravillado con lo que Tú has hecho del hombre. Quiero entregarme al hombre, al servicio del hombre, al mejoramiento del hombre porque él es tu obra maestra.

Comience usted a conocerlo

Dice Jesús en el capítulo 17 de san Juan: “Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, Padre y al que enviaste, Jesucristo” (Jn 17, 3). Conocer a Dios y al que Él envió: Jesucristo.

En un mundo como éste, en un mundo que ha negado todo lo trascendental, en un mundo que se sumergió exclusivamente en lo visible, en lo tocable, en lo que se verifica científicamente, en un mundo que no tiene en cuenta para nada, sino solo los placeres, los dolores y las noticias fugaces; en este mundo, sin embargo, la vida eterna es conocer a Dios y al que Él envió, el santo y divino Jesucristo.

Conozca usted a Dios, amigo mío. Cierre los ojos y sumérjase en el abismo adorable. Cierre los ojos y láncese al abismo de Dios, que lo rodea, que lo penetra, que lo ama, que lo cubre, que lo espera.

Vuelva usted, amigo, a pensar en Dios, a quien hace mucho tiempo no ha vuelto a pensar usted, a quien usted olvidó totalmente, de quien usted hizo caso omiso en todo.

Conozca usted a Dios y al que fue enviado por Él, ¡Jesucristo! Comience usted hoy, tardíamente, a conocer a Jesucristo, la bella persona de Cristo, la adorable persona de Jesús, la purificadora persona de Cristo, la pacificadora persona de Jesucristo.

Conozca usted a Cristo. No pase la vida sin conocerlo. No pase la vida en un gran vacío de lo espiritual. Venga y rectifique toda su vida de acuerdo con la Palabra de Cristo, de acuerdo con su exigencia.

Empiece a sentir ganas de llorar ante Cristo, ganas de rectificar, ganas de regresar, ganas de perdonar, ganas de purificarse.

Esta es la vida eterna, ¡que te conozcan a Ti, Padre y al que enviaste, Jesucristo!

El camino del amor

Lo invito a usted a descubrir la Persona adorable, la única Persona que calma al hombre. Lo invito a mirar el rostro de Cristo, refulgente, lleno de amor, lleno de verdad, lleno de ternura. Lo invito a usted a entrar en una actitud totalmente nueva en su vida: la actitud de fe, de amor hacia la persona de Cristo, el único, el exclusivo que calma y salva al hombre.

Salga usted, amigo mío, de su apatía religiosa; salga de su mediocridad espiritual, de su gran lejanía, y véngase con todo lo suyo, con todos sus valores y con todo su vacío, a la persona de Cristo, a quien usted no ha conocido todavía. A quien usted posiblemente ha rechazado, y de quien usted prácticamente ha apostatado.

Si usted se acerca a Cristo, su mirada será iluminada. Usted mirará las estrellas y ellas tendrán un sentido nuevo para usted y tendrán una palabra silenciosa. Usted mirará las flores, mirará el mundo y todo lo que verá tendrá significado y tendrá respuesta, porque todo está contenido en Él. Él es el principio y el fin de todo. Y usted mirará al hombre, cuando mire a Cristo, y quedará deslumbrado ante su belleza, ante su misión y ante su sentido.

Véngase usted, amigo, hacia Cristo. Lo hallará en el silencio, lo hallará en el servicio, lo hallará en el Evangelio. Oiga lo que Él le dice: “Vengan a Mí todos los que están cansados y Yo los aliviaré. Tomen mi yugo, mi yugo es suave y mi carga ligera” (Mt 11, 28-29).

“He venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10). “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 6). “¡Ven y sígueme!” (Mt 19, 21).